

Ven y sígueme...

... desde dondequiera que estés

HOJA Nº 18

... "Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo."

EVANGELIO PARA LA SEMANA

Mt 17, 1-9

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta.

Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz.

Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él.

Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús:

-«Señor, ¡qué bien se está aquí! Si quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.»

Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía:

-«Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo.»

Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto.

Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo:

-«Levantaos, no temáis.»

Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo.

Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó:

«No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.»

HECHO DE VIDA

"...Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo."

El mendigo que confesó a Juan Pablo II

Hace ya algún tiempo, en el programa de televisión de la Madre Angélica en Estados Unidos (EWTN), relataron un episodio poco conocido de la vida de Juan Pablo II.

"Un sacerdote norteamericano de la diócesis de Nueva York se disponía a rezar en una de las parroquias de Roma cuando, al entrar, se encontró con un mendigo. Al observarlo, el sacerdote se dio cuenta de que conocía a aquel hombre. Era un compañero del seminario, ordenado sacerdote el mismo día que él. Ahora mendigaba por las calles.



El cura, tras identificarse y saludarle, escuchó de labios del mendigo cómo había perdido su fe y su vocación. Quedó estremecido.

Al día siguiente, el sacerdote llegado de Nueva York tenía la oportunidad de asistir a la Misa privada del Papa al que podría saludar al final de la celebración, como suele ser la costumbre. Al llegar su turno, se arrodilló ante el Santo Padre y le pidió que rezara por su compañero de seminario, y describió brevemente la situación al Papa.

Un día después recibió la invitación del Vaticano para cenar con el Papa, en la que solicitaba llevar consigo al mendigo de la parroquia.

El sacerdote volvió a la parroquia y le comentó a su amigo el deseo del Papa. Una vez convencido el mendigo, lo llevó a su lugar de hospedaje, le ofreció ropa y la oportunidad de asearse.

El Pontífice, después de la cena, indicó al sacerdote que los dejara solos, y pidió al mendigo que escuchara su confesión. El hombre, impresionado, le respondió que ya no era sacerdote, a lo que el Papa contestó: "una vez sacerdote, sacerdote siempre". "Pero estoy fuera de mis facultades de presbítero", insistió el mendigo. "Yo soy el obispo de Roma, puedo encargarme de eso", dijo el Papa.

El hombre escuchó la confesión del Santo Padre y le pidió a su vez que escuchara su propia confesión. Después de ella lloró amargamente. Al final Juan Pablo II le preguntó en qué parroquia había estado mendigando, y le designó asistente del párroco de la misma y encargado de la atención a los mendigos.



SUGERENCIAS PARA LA SEMANA

- ¿Me es fácil o difícil escuchar la voz de Jesús que nos pide acoger a todos, aún a los más aparentemente hundidos como hizo Juan Pablo II, confesando sus pecados al mendigo-sacerdote
- La sencillez y el servicio son la clave que nos da Jesús a los que quieren seguirle como en este testimonio que da Juan Pablo II
¿Sigo yo a Jesús?
- Por nuestra fe sabemos que Jesús está en el Sagrario. ¿Soy capaz de acercarme, escucharle y seguirle?



Parroquia Nuestra Señora Reina del Cielo.- MADRID